

Discurso filosófico y realismo político:

El Occidente global

Un legado del siglo XX

Ensayo escrito por el Dr. Stefan Högl

El llamado de un filósofo

Traducción no verificada generada por software

Editio primae quartae partis saeculi

ÍNDICE

Filosofía, historia, política: realismo político y Occidente global	5
El Occidente global: filosofía y visión de la soberanía universal	7
Los axiomas de Occidente	18
Epílogo: Tres máximas para el próximo cuarto de siglo	19

Sea lo que sea lo que la historia diga de mí cuando ya no esté, espero que quede constancia de que apelé a sus mejores esperanzas, no a sus peores temores, a su confianza y no a sus dudas. Mi sueño es que recorran el camino que tienen por delante con la lámpara de la libertad guiando sus pasos y el brazo de la oportunidad sosteniendo su camino.

Ronald Reagan (1911-2004)¹

Amicis libertatis dedicatum

¹ De un discurso pronunciado en la Convención Nacional Republicana el 17 de agosto de 1992. Ronald Reagan fue el 40.º presidente de los Estados Unidos e inició un proceso de distensión de gran alcance con el entonces líder de la Unión Soviética, Mijail Gorbachov.

*Los cínicos tratan los valores como equivalentes e instrumentales. Los estadistas basan sus decisiones prácticas en convicciones morales. ... Para mí, una definición sensata de realpolitik es decir que hay circunstancias objetivas sin las cuales no se puede llevar a cabo la política exterior. Tratar de abordar el destino de las naciones sin tener en cuenta las circunstancias a las que se enfrentan es escapismo.*¹

Henry A. Kissinger (1923-2023)

Filosofía, historia y política: realismo político y Occidente global

Rara vez al final de una época histórica la filosofía, la política y la historia mundial se han entrelazado de forma tan dramática como en el siglo XX, cuyas secuelas aún perduran hoy en día. Incluso un cuarto de siglo después de su fin calendario, su legado apenas se percibe, por lo que los numerosos conflictos políticos no dan señales de remitir. Esto es especialmente evidente en la escena política mundial, donde se han formado numerosas tensiones y frentes. La complejidad de la situación actual deja perplejos a muchos contemporáneos, y la antigua esperanza de un futuro mejor ha dado paso desde hace tiempo a un sentimiento de resignación.

En las relaciones internacionales, en particular, necesitamos políticos que no se dejen llevar por ambiciones deshonestas, sino que ejerzan su cargo con responsabilidad personal y la necesaria visión de futuro, es decir, que entiendan *la realpolitik*. Si, como dijo Henry Kissinger, considerado un político *realista* por excelencia, en la cita anterior, esto significa tener en cuenta las condiciones objetivas, entonces necesitamos un timonel que se guíe por las circunstancias del momento, es decir, por la realidad.

De hecho, cualquiera que quiera dirigir un barco por aguas peligrosas debe estar siempre atento a los demás barcos, a su propio potencial y a las capacidades de los enemigos potenciales. El timonel prestará atención a todo lo que pueda ser relevante. Para él, lo que cuenta son los hechos, las circunstancias reales: la perspectiva realista.

¹ De una entrevista con la revista DER SPIEGEL (28/2009), con fecha del 5 de julio de 2009.

Sin embargo, su mente idealista se atreve a mirar más allá del horizonte del océano: dos almas laten en su pecho². Incluso en mares tormentosos, busca islas de esperanza y confianza. A la luz de la luna, el capitán tararea canciones de paz y amistad, himnos de hermandad global que le llegan al corazón. Pero las tormentas del mar embravecido ahogan las delicadas melodías. Los ideales son como una mirada al cielo estrellado: ¿quién sabe si todos encontrarán alguna vez el mismo mensaje en ellos?

En el antagonismo entre los hechos y las visiones, ha surgido una tercera dimensión entre los frentes que los timoneles experimentados deben tener en cuenta: las condiciones en las profundidades de las aguas, los remolinos y las corrientes que no son fácilmente visibles, pero que están innegablemente presentes. Son manifestaciones del agua, sus propiedades elementales, ahora a gran escala. En los ríos, lagos y mares, su comportamiento forma parte de la realidad y, por lo tanto, influye en la navegación.

Mirar en las profundidades significa en realidad mirar la naturaleza humana, la condición humana, *la conditio humana*. ¿Cómo se puede pretender comprender la esencia de la política ignorando a los seres humanos como su fundamento? Sin duda, las cuestiones existenciales se refieren inicialmente al ámbito filosófico-teológico, a menudo con un significado individual. Sin embargo, en última instancia, la naturaleza humana se entrelaza con una visión del mundo más amplia y de gran trascendencia. Pero, ¿y si se pudieran discernir corrientes en esta profundidad de la realidad que forman una constante fija y, por lo tanto, son reales? Una teoría idealista buscará el discurso filosófico simplemente para no perder el equilibrio, dado que siempre debe tener en mente lo óptimo. Pero el realismo político tendrá que centrarse aún más en la condición humana: menos en discutir analíticamente cuestiones existenciales fundamentales y más en ser capaz de calcular las consecuencias prácticas. Solo cuando se tienen en cuenta todas las dimensiones de la realidad se puede hablar de *verdadera realpolitik*.

Esta obra está dedicada a esta visión integral. El *Occidente global* está vinculado de manera especial a la historia del siglo XX, aunque sus raíces se remontan mucho más atrás en el tiempo. Sus fundamentos están estrechamente ligados a la condición humana, y sus consecuencias políticas, especialmente geopolíticas, apuntan hacia una era que aún no se puede predecir. El análisis conceptual y sustantivo llega a los axiomas fundamentales de Occidente y enumera las máximas que la *verdadera realpolitik* debe tener en cuenta en el futuro.

² Kissinger: «No hay realismo sin un elemento de idealismo».

El Occidente global Filosofía y visión de la soberanía universal

Confrontación y retórica

Un nuevo término ha entrado en la esfera política: el *Occidente global*. Le preceden dos conceptos que solo se popularizaron en la última década del siglo XX: *la globalización*, que surgió como una descripción de la creciente interconexión e interdependencia mundial, y el *Sur global*, un término más amigable para referirse a los países en desarrollo.³

El debate sobre el *Occidente global* comenzó gradualmente después del cambio de milenio y ahora se ha incorporado al lenguaje político y, en particular, al geopolítico. Por lo general, se refiere a todos aquellos Estados que en su día se clasificaron como parte del *mundo occidental* o *del Occidente*, en una época en la que el conflicto entre Oriente y Occidente dominó la segunda mitad del siglo XX. En el lado occidental se encontraban las democracias liberales, países industrializados con gobiernos constitucionales liderados por Estados Unidos, a los que se oponían en el Este los aliados de la Unión Soviética. Cuando terminó la división de Europa, pronto surgió el debate sobre la globalización, y no solo en relación con el comercio mundial. El mundo parecía haberse convertido en una aldea global en la que ahora se podían resolver mejor los problemas del planeta. En el marco de organizaciones como la ONU, el objetivo final era establecer una «política interior global»⁴. Así, la década de 1990 se convirtió en una década de relativa distensión.

Ahora, décadas más tarde, cuando se habla del Occidente global, suele tratarse de un ataque retórico por parte de Estados autoritarios⁵ y totalitarios. Intentan pintar un panorama de una alianza poderosa y activa a nivel mundial que supone una amenaza para todos los demás Estados. En contraposición a ellos se encuentran los países del Sur Global, un grupo de países vagamente definido que tiene diferentes ambiciones, pero que en cualquier caso no se considera parte del Occidente Global, sino más bien sus víctimas. En caso de duda, los Estados autoritarios se cuentan entre el Sur Global o, al menos, declaran su solidaridad con él.

³ Aunque ambos términos se remontan a los años cincuenta y sesenta, solo se utilizaron ocasionalmente hasta la década de los ochenta. Lo mismo ocurre con el término «Norte Global».

⁴ Aunque el término fue utilizado por primera vez en 1963 por el físico y filósofo Carl Friedrich von Weizsäcker, solo ganó popularidad con la agitación democrática en Europa.

⁵ Desde un punto de vista crítico, este término es un eufemismo que evoca asociaciones con la educación autoritaria, pero que, no obstante, puede caracterizarse por un cierto afecto y respeto hacia los niños. El término «autoritario» para referirse a las dictaduras que pisotean la dignidad y los derechos del individuo se debe a *la corrección política* generalizada, lo cual es obvio en términos de contenido.

Esta supuesta oposición global recuerda al conflicto Norte-Sur, que se utilizó en el siglo XX para describir la relación entre los países industrializados y los países en desarrollo. Además de describir la desigualdad, la atención se centraba siempre en la responsabilidad de estas condiciones, que a menudo se atribuía a los países industrializados.

Si hoy en día solo se tratara de la distribución de la riqueza mundial, sería más apropiado hablar del «Norte Global», aunque incluso este término solo sería adecuado en cierta medida. Sin embargo, no existe en el uso común, ni tampoco existe un «Este Global», que podría servir como término colectivo para los Estados de orientación socialista o comunista. De hecho, no se trata solo de la riqueza ni de reliquias ideológicas de la época de la Guerra Fría. En última instancia, el «Sur Global» es un término incómodo que pretende servir de antítesis al Occidente retóricamente demonizado y, por lo tanto, es lo más vago y ambiguo posible: se refiere al eje de Estados autoritarios que, aunque no son en absoluto homogéneos en su composición, defienden su diferencia con respecto a Occidente y a menudo tratan de presentarse como la mejor alternativa.⁶

Geografía e historia

Lejos de la politización actual de Occidente, su origen conceptual se encuentra principalmente en la cartografía eurocéntrica, que también dio forma al discurso sobre Occidente y Oriente. Oriente, la tierra del sol naciente, se contraponen a Occidente, donde el sol vuelve a ponerse⁷. Si Occidente termina en el océano Atlántico o, tras el descubrimiento del Nuevo Mundo, en los Estados Unidos, puede ser una cuestión de opinión, al igual que si Oriente se encuentra en la península arábiga o en el lejano Japón. En última instancia, cada punto de la Tierra tiene sus propios puntos de referencia individuales y, por lo tanto, relativos, por lo que hablar de Occidente en este contexto tiene connotaciones históricas.

A lo largo de la historia reciente, lo que antes era un contraste geográfico se ha convertido en una oposición ideológica que ahora ha adquirido importancia geopolítica. Sin embargo, las causas y las tendencias son tan diversas y contradictorias que el antagonismo original ha entrado desde hace tiempo en una fase que trasciende regiones o religiones específicas.

Incluso el contraste, tan citado, entre las religiones de Occidente y las de Oriente es mucho más matizado cuando se examina en detalle.⁸

⁶ Los términos políticos centrales también están sujetos a competencia. Por ejemplo, el Gobierno chino respondió a la «*Cumbre por la Democracia*» inaugurada por el presidente estadounidense Biden en 2021 con un documento titulado «*Democracia que funciona*».

⁷ El griego antiguo ἑσπερος / *hesperos* (tarde) y el latín *vesper* (tarde) derivan de la raíz indoeuropea *wes- (tarde/noche).

⁸ Ciertamente, el Occidente cristiano-monoteísta puede contrastarse en términos generales con el Oriente predominantemente hindú y budista, durante un determinado período de la historia y dentro de

La distinción entre un Occidente científico y un Oriente no progresista es igualmente limitada. Dependiendo de la región y del círculo cultural, este contraste era y es de hecho observable, a menudo con considerable nitidez. Sin embargo, esto también se aplica a otros continentes y sociedades. Históricamente, varios inventos se originaron en Oriente, y los escritos filosóficos llegaron a Europa a través de la España conquistada por los árabes, que tomó la delantera en las ciencias emergentes a partir del siglo XVI.

En este contexto, el sociólogo alemán Max Weber distinguió entre los sistemas económicos de Oriente y Occidente, atribuyendo un alto grado de racionalización a este último. En lugar de las relaciones personales, los cálculos sobrios de los precios dictaban la actividad del mercado, lo que aumentaba la eficiencia de la producción. En el siglo XX, el éxito de las naciones industrializadas occidentales despertó el interés de muchos países que también querían modernizarse en esta dirección, es decir, desarrollar su potencial⁹. Por otro lado, la fascinación por las culturas aparentemente lejanas de Oriente (y más allá) tiene una larga tradición en Europa.

A pesar de todas las tendencias y desarrollos contradictorios, una cosa queda clara: no son las diferentes tradiciones religiosas, arquitecturas, idiomas o costumbres las que constituyen el núcleo del enfrentamiento actual. Pueden acompañar e ilustrar algunos de los contrastes, pero las raíces son mucho más profundas y hace tiempo que se han desvinculado de la geografía. Se trata de las cuestiones existenciales de la humanidad y las respuestas que ofrece la filosofía.

Filosofía y política

Cuando hoy situamos la cuna de la filosofía en la antigua Grecia, lo hacemos sabiendo que en muchas culturas surgieron diversas ideas y conceptos, que quizá se debatieron, pero que tal vez nunca se plasmaron por escrito. Estos desarrollos solo se hacen históricamente tangibles cuando las líneas de pensamiento no se pierden sin dejar rastro, sino que encuentran su camino en la sociedad y se transmiten.¹⁰ En este sentido, los filósofos griegos lograron un avance histórico. La forma en que concibieron las conexiones entre el mundo y la posición de la humanidad les ha asegurado un lugar en los libros de historia para siempre. Aquí

unos límites geográficos. Sin embargo, hay que descartar las contracorrientes, tanto las corrientes monoteístas del antiguo Egipto, Persia y las religiones de Oriente, como las corrientes panteístas del mundo occidental, por ejemplo.

⁹ En este sentido, el término «país en desarrollo» conlleva inicialmente una esperanza para el futuro; el objetivo del desarrollo se refiere naturalmente a objetivos económicos y político-filosóficos.

¹⁰ Las tradiciones de los conceptos filosóficos se pueden encontrar, independientemente unas de otras, en muchas civilizaciones avanzadas. El filósofo Karl Jaspers también se refirió al período comprendido entre el 800 y el 200 a. C. como la «Edad Axial», ya que los fundamentos filosóficos centrales «surgieron casi simultáneamente en China, la India y Occidente durante estos pocos siglos, sin que se conocieran entre sí». (*El origen y la meta de la historia*, 1949, 20).

es donde las ciencias naturales y las humanidades encuentran su punto de partida histórico, aquí es donde se encuentra la base filosófica del *Occidente global*, y aquí es también donde se encuentra el origen de su nombre.

La filosofía griega floreció cuando el intercambio cultural en la región mediterránea, combinado con un dinámico comercio de mercancías, fomentó un clima en el que se podía debatir libremente sobre cuestiones existenciales. Las leyendas transmitidas por Homero quedaban ya muy lejos en el pasado, y pensadores valientes buscaban nuevas respuestas a viejas preguntas.

El primer paso en este nuevo camino es la explicación de la naturaleza y sus procesos. Surgen las primeras teorías sobre las sustancias y los elementos primordiales, pero no pueden ponerse a prueba debido a la falta de equipamiento técnico. Sin embargo, al final queda algo más que meras especulaciones: las posibilidades fundamentales —átomos, elementos, principios primordiales— ya se están formulando en esta época, dos milenios y medio antes de la física moderna.

El segundo pilar de la filosofía griega se ocupa de la naturaleza del hombre, que le afecta tanto como individuo como en su papel en la sociedad. Aborda cuestiones fundamentales del conocimiento, la vida justa y la convivencia en la comunidad. En el sentido más amplio, por lo tanto, son las cuestiones de política¹¹ y ética las que determinan el discurso. También aquí se desarrollan modelos que constituyen la base de las teorías modernas actuales. En general, la filosofía griega proporciona así el fundamento intelectual central de la cultura *occidental*.¹²

Otro nuevo comienzo anunció la Era de los Descubrimientos. A finales de la Edad Media, el aumento del comercio, como en la antigua Grecia, estuvo vinculado al florecimiento de las ciudades, cuya riqueza permitió el auge de la ciencia y la cultura. Se fundaron universidades en toda Europa.

Con la aparición de las ciencias naturales, fue cada vez más posible descifrar las leyes de la naturaleza, explorar regiones desconocidas y encontrar nuevas rutas alrededor del mundo. El inicio de la investigación pronto permitió avances sin precedentes en todas las áreas de la tecnología, la medicina y la producción de bienes cotidianos, un desarrollo que continúa hasta nuestros días. El progreso científico y sus frutos han moldeado la vida de las personas desde entonces y se han convertido en un sello distintivo del estilo de vida *occidental*.

Sin embargo, la investigación y la ciencia son un fenómeno universal. Aunque hayan logrado su gran avance en la cultura occidental europea, es previsible que

¹¹ *La política* se entiende aquí en un sentido amplio, según Aristóteles, quien describió a los seres humanos como *zoon politikon* (seres sociales).

¹² A esto se suman los principios del derecho romano y, en Europa, la influencia de la religión judeocristiana. Estos tres factores se consideran los pilares constitutivos de Europa. El fin de la antigüedad grecorromana se asocia a menudo con el cierre de la Academia de Platón en Atenas en el año 529, mientras que al mismo tiempo se fundaba el primer monasterio benedictino en Montecassino, un hito para la Edad Media europea, influenciada por el cristianismo.

el enfoque científico del mundo, tanto en la teoría como en la práctica, se convierta algún día en algo habitual en todo el mundo.

Sin embargo, el progreso científico y sus frutos son solo una parte de la «identidad occidental». Un elemento constitutivo de *Occidente* es la concepción del ser humano como actor individual con derechos inviolables a la libertad en su esfera privada y al derecho a participar en la toma de decisiones políticas y sociales. Mientras que los poderes del Estado derivan esencialmente de la voluntad del soberano —el pueblo—, la soberanía personal del individuo deriva de la dignidad humana inviolable.

Desde las primeras reflexiones sobre la naturaleza humana, pasando por la filosofía griega y la Ilustración, hasta la concepción «occidental» actual, ha sido un largo e in e camino con numerosas contradicciones y reveses. Y, sin embargo, en última instancia, es esta imagen de la humanidad la que constituye la base de una sociedad democrática y orientada a la libertad. En una sociedad así, la tarea del Estado es garantizar las libertades individuales de cada persona y asegurar el origen democrático de toda la política mediante procedimientos adecuados. Dado que en la práctica son necesarias las leyes y los reglamentos, al igual que los tribunales y las autoridades, un Estado «occidental» solo puede existir como Estado constitucional, no como una comunidad laxa y no vinculante. Los individuos deben poder confiar en que su dignidad y sus derechos estarán protegidos en todo momento.

Soberanía y soberanías: la justificación última

Occidente se basa en la concepción esbozada de la dignidad humana y la soberanía personal y política como concepto filosófico, pero también como paradigma político, incluso geopolítico¹³. La concepción de la humanidad —y su justificación última— determina qué orden político, social, económico y cultural es adecuado para la naturaleza humana. Podemos estar tan seguros de que este orden prevalecerá con el tiempo como de que prevalecerá una cosmovisión científica que se corresponda con la naturaleza de nuestro universo.

La objeción más popular proviene del campo de las ciencias naturales y se puede resumir de la siguiente manera: dado que todos los procesos del universo se producen de acuerdo con las leyes físicas, esto también se aplica a todos los cuerpos, seres vivos y seres humanos. Desde los latidos del corazón hasta los procesos más sutiles del cerebro, todo es de naturaleza puramente física y forma parte de una larga y compleja cadena de causa y efecto, similar al mecanismo de un reloj, solo que en el campo de la biología. Los seres humanos no tienen ni un

¹³ El concepto de paradigma como marco global de interpretación y comprensión parece especialmente justificado en este caso porque, además del nivel científico-teórico (del que proviene originalmente; cf. Thomas Kuhn, 1962), también aborda fundamentos existenciales, prácticos y (geo)políticos.

alma sutil ni libre albedrío más allá de las leyes de la naturaleza, y tampoco se puede determinar ningún tipo de dignidad. Lo que no es accesible a la investigación científica no es real.¹⁴

Aunque esta cosmovisión «naturalista» ha ganado cada vez más adeptos con los crecientes éxitos de la ciencia, tiene un defecto fundamental. Aunque dé repetidamente la impresión de ser una tesis física, la conclusión de muchos años de investigación, por así decirlo, es todo lo contrario. La cuestión del alcance de una cosmovisión física ya no es una cuestión física, sino filosófica, y por lo tanto existe en un nivel completamente diferente.

En el debate filosófico, que aquí solo podemos esbozar¹⁵, surgen problemas considerables cuando se intenta reducir el libre albedrío y la conciencia humana a procesos neuronales o traducir las cuestiones éticas en meros estados psicológicos. Sin embargo, una visión naturalista de la humanidad debe rechazar las cuestiones morales y estéticas como conceptos vacíos y sin sentido¹⁶, y la búsqueda humana de la justicia y el sentido como alucinaciones y proyecciones complejas de un cerebro, que a su vez es un aparato extremadamente complejo¹⁷, determinado en última instancia por causalidades bioquímicas, que controla el organismo. La imagen que los seres humanos tienen de sí mismos como seres autónomos presupone, por lo tanto, que, además de los procesos físicos, existe una realidad trascendente que proporciona una base para el espíritu, la dignidad y la libertad humanas. Por cierto, esto también se aplica a la constitución física del mundo, cuyas causas no pueden ser físicas de nuevo. En última instancia, el origen del mundo físico no es una teoría física, sino una cuestión filosófica fundamental.

En resumen, se puede decir que las grandes cuestiones existenciales de la humanidad, tal y como las formuló Kant¹⁸, trascienden el ámbito de interpretación de la física.

Por último, cabe señalar que el paradigma naturalista es muy contrario a la intuición, ya que todos los seres humanos, incluso sus seguidores y defensores, actúan en la vida cotidiana como si tomaran decisiones éticas o realizaran ciencia

¹⁴ David Lewis (1983, 361): «*El mundo es tal y como lo describe la física, y no hay más que decir*». Esta postura recibe varios nombres, como materialismo, positivismo o empirismo, pero en esencia siempre parte de los mismos supuestos.

¹⁵ Se pueden encontrar algunas reflexiones adicionales en un prólogo separado de este ensayo.

¹⁶ «*Cuando la razón positivista domina el campo excluyendo todo lo demás... entonces se excluyen las fuentes clásicas de conocimiento para la ética y el derecho*», Benedicto XVI en su discurso ante el Bundestag alemán el 22 de septiembre de 2011.

¹⁷ Incluso una posible coincidencia no cambiaría fundamentalmente la secuencia cuasi programada de las funciones cerebrales, sino que simplemente la «relajaría» con algunas imprevisibilidades.

¹⁸ «*El campo de la filosofía [...] puede reducirse a las siguientes preguntas: 1) ¿Qué puedo saber? 2) ¿Qué debo hacer? 3) ¿Qué puedo esperar? 4) ¿Qué es el hombre?*» (*Crítica de la razón pura*, B833, 1787). En 1897/98, el pintor francés Paul Gauguin tituló un cuadro con preguntas fundamentales similares: «*¿De dónde venimos? ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos?*».

por su propia voluntad y extrajeran secretos del mundo. Cuanto más complejos se vuelven los discursos, más absurdo parece que los programas neurológicos por sí solos hayan determinado el curso y las interacciones del discurso.

Sin querer entrar en conceptos filosóficos o religiosos específicos en este momento, se puede decir, no obstante, que la determinación de la dignidad humana (y los derechos y deberes que se derivan de ella) requiere una comprensión trascendente del mundo que también deje espacio para otras cuestiones existenciales. La «visión occidental de la humanidad» —pero no solo esta¹⁹— presupone necesariamente esta visión de la humanidad y, por tanto, de la realidad en su conjunto.

En última instancia, no se trata de una elección arbitraria en el sentido de seleccionar libremente entre varias opciones disponibles. De hecho, solo hay una realidad disponible, y esta está más allá del control humano. Sea cual sea su naturaleza, y por muy acalorado que sea el debate al respecto, se puede afirmar con certeza que no hay otra opción que aceptar la realidad tal y como es: la realidad es la validez última, está por encima de todo lo demás: prevalece la soberanía de lo absoluto.

Múltiples perturbaciones: entre la evolución y la revolución

A primera vista, el concepto de Occidente esbozado anteriormente parece ser un modelo de sociedad vagamente construido que se origina más en el ámbito de las utopías políticas y religiosas que en la realidad. Por lo tanto, el núcleo de la crítica es el siguiente: si el concepto esbozado de seres humanos con dignidad, derechos y soberanía es *realmente* coherente con su naturaleza y si, por lo tanto, el orden social libre resultante es el concepto adecuado, ¿por qué no ha prevalecido por sí solo a lo largo de la historia, sino que, en cambio, a menudo lucha por sobrevivir? A primera vista, esta objeción parece justificada; de hecho, resulta obvia cuando se observa la historia y la actualidad. Mientras que el camino de la ciencia ha sido relativamente sencillo, influido solo esporádicamente por la religión y la política, la búsqueda de una forma viable de sociedad parece cambiante y, en ocasiones, desorientada. ¿Por qué es tan accidentado el camino?

La respuesta radica en diversas brechas, reveses, persistencias y contratendencias, que pueden resumirse en términos generales como perturbaciones. Estas tienen

¹⁹ Las ideologías y las ciencias que hablan del conocimiento activo de cosas nuevas, de la solidaridad o los valores, de la ética y la estética, también apuntan a referencias trascendentes. Para ellas, al igual que para muchos representantes del estilo de vida occidental, esta conexión es en su mayor parte desconocida o parece irrelevante. De hecho, de lo contrario, el individuo se perdería en una cadena de acontecimientos predeterminados y el supuesto espíritu se desvanecería en un fluido permanente de ilusiones psicológicas. Esto reduciría las afirmaciones de la ciencia al absurdo y degradaría a los seres humanos a ridículas marionetas.

diversas dimensiones espaciotemporales, sociales y culturales y pueden reforzarse entre sí.

- Interrupciones temporales: Aunque los inicios de un Estado constitucional liberal se pueden encontrar en todas las culturas, el desarrollo de dicho Estado, a pesar de los primeros intentos, por ejemplo en la antigua Grecia, es un fenómeno relativamente moderno que no contó con un amplio apoyo entre la población. No fue hasta los siglos XIX y XX, cuando los ciudadanos descubrieron su propio empoderamiento y soberanía, que la idea de los derechos humanos y la democracia ganó terreno, con los conocidos obstáculos y reveses.
- Interrupciones espaciales: Mientras que los valores occidentales han podido establecerse en una parte del mundo, los sistemas tradicionales han conservado su estatus en otras partes. Esto puede deberse a una falta de conciencia de la propia soberanía, por lo que se puede hablar de una falta de ilustración sobre la propia madurez. Al mismo tiempo, este desarrollo natural se ve ralentizado por fuerzas políticas o religiosas.
- Perturbaciones cronológicas: aunque la conciencia de la propia soberanía es constitutiva de la existencia humana, la historia ha sido testigo en repetidas ocasiones del surgimiento de movimientos restauradores y reaccionarios que cuestionan de manera los valores que tanto costó alcanzar. Aunque los valores occidentales —y la prosperidad que los acompaña— han adquirido un atractivo global, el desarrollo histórico no es en absoluto automático. El revés más significativo hasta la fecha fue el período del fascismo en Europa, especialmente el nacionalsocialismo en Alemania.²⁰
- Perturbaciones personales: el apego a las democracias liberales puede disminuir en varios niveles y convertirse en lo contrario, tanto entre los ciudadanos comunes como entre los líderes políticos. Incluso la insatisfacción con los acontecimientos sociales, económicos o políticos puede llevar al abandono de los pilares más fundamentales de la convivencia humana, siempre acompañado del peligro de un retroceso social general.

²⁰ El sociólogo Jürgen Habermas describe el reajuste democrático que comenzó en la Alemania de la posguerra como un «proceso económico y político, y más tarde también cultural en cierta medida, que solo [se volverá] irreversible una vez que la occidentalización cultural haya impregnado la mentalidad de toda la población» (en una entrevista con Barbara Freitag en julio de 1989).

- Perturbaciones culturales: Una mirada a las sociedades que se consideran libres y democráticas muestra que, incluso dentro de las fronteras nacionales, existen diferentes opiniones sobre qué valores fundamentales deben constituir la base del Estado. No se trata de leyes individuales y orientaciones políticas, que luego se deciden en el proceso democrático, sino de cuestiones fundamentales de ética, política, religión y cultura. Incluso entre países, existen diferencias más o menos significativas en la comprensión de la democracia y la libertad.²¹
- Perturbaciones estratégicas: Defender el mundo libre contra las fuerzas expansionistas y autoritarias y asegurar la propia existencia —bases militares, materias primas, aliados— conduce repetidamente a alianzas estratégicas con Estados cuya constitución interna contradice los propios valores. El dilema moral es obvio y puede conducir a una peligrosa indiferencia tanto entre los ciudadanos como entre los políticos.²² Esto puede crear una impresión de igualdad y coexistencia permanente legítima.

Si se entiende el descubrimiento y la realización de los principios liberales y democráticos basados en el Estado de derecho como un desarrollo gradual con diferentes requisitos previos según la cultura, entonces hay que esperar esas diferencias desde el principio. Aunque a lo largo de la historia se han producido repetidos movimientos revolucionarios que han llevado de dictaduras a democracias, el proceso histórico es, sin embargo, de naturaleza evolutiva.

Geopolítica y visión

Suponiendo que el concepto de humanidad esbozado anteriormente, en el marco de una cosmovisión abierta a la trascendencia, se corresponda realmente con la realidad, se puede suponer que, a pesar de los posibles reveses y a largo plazo, la idea de un Estado liberal y democrático prevalecerá a lo largo de la historia. Esta observación ya se podía hacer en el siglo XX, cuando quedó claro que la dignidad y la libertad individuales no surgían simplemente de un concepto filosófico, sino que correspondían a la conciencia de muchas personas en todas partes del

²¹ Por supuesto, la verdadera comprensión de la dignidad y la libertad personales por parte de una sociedad no se refleja en los adultos de mediana edad con ingresos medios que tienen los pies firmemente plantados en el suelo. Más bien, los valores reales se reflejan en la situación de los jóvenes, las personas mayores y los grupos socialmente desfavorecidos, así como en las condiciones de las prisiones, el ejército y otras instituciones y autoridades que pueden afectar a la soberanía personal.

²² El principio estratégico «*el enemigo de mi enemigo es mi amigo*», conocido desde hace milenios, puede estar estratégicamente justificado en situaciones de emergencia existencial, pero no puede sustituir los fundamentos éticos de las decisiones políticas (de poder).

mundo.²³ De hecho, en la década de 1990 se pusieron en marcha numerosos procesos democráticos e iniciativas de paz, lo que llevó a algunos investigadores a prever el surgimiento de una «política interior global»²⁴ que resolvería gradualmente los conflictos internacionales.

Sin embargo, desde una perspectiva geopolítica, la imagen de una comunidad de Estados que ahora avanza hacia una comunidad democrática a su propio ritmo y en sus propias condiciones ha sido superada por una realidad contraria. Porque junto a los Estados del «mundo libre»²⁵, existen y han existido una serie de regímenes dictatoriales cuyo objetivo principal es mantener el poder o implementar una ideología política o religiosa y que se oponen al mundo occidental, unidos si es necesario. Es posible que sospechen en secreto que tarde o temprano habrá, de hecho debe haber, un camino hacia la libertad, pero se resisten a esta idea y a las consecuencias que se derivan de ella. En última instancia, se resisten a una realidad a la que es imposible resistirse.

Principios contrarios: «Dos mundos»

En la escena política internacional²⁶, existe un conflicto significativo entre los Estados autoritarios y los Estados libres, que es de naturaleza fundamentalmente asimétrica. La causa radica en las opiniones opuestas sobre la convivencia social. En el mundo democrático, el Estado existe para el bien de sus ciudadanos. Su única justificación es permitir que las personas vivan con dignidad y evitar, en la medida de lo posible, cualquier vulneración de su soberanía. En una sociedad libre, el Estado debe justificar sus acciones y demostrar que las restricciones más estrictas son necesarias y no tienen alternativa. No es el ciudadano quien debe justificar su libertad, sino el Estado quien debe justificar sus intervenciones.

En los Estados autoritarios y totalitarios, este principio se invierte: el Estado y sus dirigentes políticos son soberanos, ya sea por motivos religiosos, político-ideológicos o personales. El individuo, en la medida en que aún se puede hablar de tal cosa, está subordinado a esta razón de Estado en todos los aspectos. Por supuesto, hay diferencias graduales: las dictaduras «suaves» pueden dejar las actividades económicas y sociales sin molestar y solo perseguir la crítica política, mientras que los regímenes totalitarios quieren controlar arbitrariamente los pensamientos de las personas y su propia existencia. Sin embargo, al final, el

²³ El filósofo Francis Fukuyama habló del «fin de la historia» ya en 1989, cuando personas de todo el mundo reclamaron sus derechos y su soberanía y esto se convirtió en una reivindicación universal.

²⁴ Véase la nota al pie 4.

²⁵ Este término alternativo también tiene una carga histórica, desde el conflicto entre Oriente y Occidente.

²⁶ El término metafórico evoca asociaciones con una obra de teatro, pero estas parecen cínicas en la medida en que millones de personas pierden la vida y la dignidad y muchos miles de millones se ven afectados política, social y económicamente. La destrucción de los recursos se está produciendo a escala mundial y, en última instancia, deja su huella en prácticamente todos los habitantes del planeta.

individuo es impotente frente al régimen gobernante; no puede reclamar ni derechos ni dignidad, su libertad de acción le es concedida desde arriba y puede ser restringida o revocada en cualquier momento. Un riesgo existencial acompaña toda su vida y deforma la convivencia social —y, a veces, las personalidades individuales— hasta el más mínimo detalle. La razón de Estado —la supervivencia del régimen— domina y afecta a todos los ámbitos de la existencia humana.²⁷

Nivel internacional

Esta prioridad de los Estados autoritarios se refleja en el plano internacional: todos los esfuerzos se dirigen a asegurar la existencia y el poder del régimen gobernante, y todos los demás objetivos políticos o ideológicos se subordinan a este empeño. Dado que la primacía del mantenimiento del poder ya implica que los derechos humanos y los valores ecológicos o culturales se restringen, ignoran o combaten internamente, estos valores tampoco tienen importancia para las relaciones internacionales de una dictadura, salvo como propaganda en la lucha contra amenazas reales o percibidas al régimen.

El peligro inmediato para los sistemas autoritarios proviene de sus iguales: como no respetan ni la soberanía de sus ciudadanos ni la de otros Estados, no existen normas vinculantes que rijan las relaciones mutuas: se aplica el principio de la fuerza, y la violencia dirigida hacia el exterior siempre tiene como objetivo asegurar la existencia del régimen. A nivel internacional, prevalece la ley de la selva: se necesita poder militar para sobrevivir. En un clima de desconfianza, las alianzas suelen ser inciertas y la propia existencia está constantemente en peligro. Un peligro fundamental —interno— para los regímenes represivos son sus propios ciudadanos, que podrían resistirse a su opresión y exigir sus derechos individuales y políticos. Aunque los Estados democráticos apoyan en principio a los pueblos oprimidos y defienden sus derechos a nivel internacional, suelen limitar sus actividades a expresiones de solidaridad y resoluciones. Solo en casos excepcionales extremos cabe esperar una ayuda activa, que también implicaría una intervención enérgica.

Si bien el mundo libre puede formar alianzas para protegerse de los ataques militares de las dictaduras, las posibilidades de acudir en ayuda de los pueblos oprimidos siguen siendo limitadas. Los Estados democráticos suelen rehuir el uso de la fuerza militar o la presión política porque se basan en la negociación, el entendimiento y la buena voluntad. Además, siempre existe el riesgo de que la intervención extranjera sea recibida con escepticismo por la población, lo que obligaría a los responsables políticos a retirar su apoyo. Con cada nueva elección,

²⁷ En realidad, estos términos se refieren a campos de trabajo y de exterminio, centros de tortura, opresión y atrocidades de proporciones inimaginables: son los abismos existenciales más profundos.

existe la posibilidad de que cambie el clima político e incluso de que se rompan alianzas históricas.

La apertura al cambio y la dependencia de los líderes políticos de la voluntad de los ciudadanos soberanos es la característica central de las sociedades libres. Al mismo tiempo, esta transparencia y apertura representan un flanco abierto para el eje de los Estados autoritarios.

Por lo tanto, intentan manipular la opinión pública y el comportamiento electoral mediante propaganda política a todos los niveles y desafiar a las respectivas sociedades mediante crisis controladas. Los medios utilizados van desde la difusión deliberada de información falsa hasta la creación de presión migratoria en las fronteras exteriores, pasando por provocaciones y ataques militares. A esto se suma la presión constante sobre los ciudadanos y las organizaciones que se oponen al eje autoritario, convirtiéndolos en blanco de la violencia mediática o física. En última instancia, el objetivo es desestabilizar a los Estados democráticos mediante una amplia gama de acciones a todos los niveles, disuadiéndolos así de su compromiso con la preservación y la promoción de la libertad global.

Incluso entre los políticos, la conciencia de estos factores de poder e influencia es bastante limitada. La creencia en el deseo de los Estados autoritarios de coexistir pacíficamente y en su potencial desarrollo democrático resulta más atractiva que un análisis implacable de la situación política.²⁸ Además, los principios del mundo libre —el *Occidente* global— se malinterpretan y se diluyen repetidamente.

Los axiomas de Occidente

A diferencia de las ideologías seculares y religiosas, Occidente se caracteriza por un cierto grado de abstinencia: carece de paradigmas escatológicos, escenarios de planificación económica y modelos sociales utópicos. La promesa de una vida de libertad y dignidad parece prácticamente desprovista de contenido. De hecho, se trata de unos pocos aspectos y estructuras fundamentales²⁹. La libertad de Occidente también tiene una dimensión axiomática:

²⁸ La referencia a una supuesta «coexistencia pacífica» durante la Guerra Fría es engañosa, no solo en vista de los conflictos que tuvieron lugar al mismo tiempo. Aunque el estancamiento nuclear entre las superpotencias hizo imposible la confrontación militar directa, la coexistencia verdaderamente pacífica solo fue posible tras los cambios en la Unión Soviética y la agitación en Europa del Este. Por lo tanto, este tipo de coexistencia forzada solo puede ser temporal, tan temporal como la coexistencia interna forzada entre un gobierno dictatorial y sus ciudadanos oprimidos.

²⁹ Esto no se refiere a la burocracia, que es totalmente concebible en un Estado constitucional libre, con todas sus ventajas e inconvenientes, sino más bien a la renuncia a la «programación» ideológica de los seres humanos.

1. La soberanía de lo absoluto: el fundamento abierto-trascendente

Esta visión de la realidad es una base necesaria para comprender la naturaleza humana y las actividades políticas y científicas. Solo sobre esta base se pueden discutir otros aspectos existenciales, con diferentes referencias ideológicas y religiosas. El discurso libre y abierto sin restricciones ideológicas es un núcleo esencial de Occidente.

2. La soberanía del individuo: el derecho a configurar la propia vida

La naturaleza y la dignidad humanas se basan en una comprensión trascendente de la realidad. Esta visión de la humanidad da lugar a derechos humanos fundamentales que garantizan a los individuos el derecho soberano a configurar sus propias vidas. Este núcleo existencial de la existencia humana es fundamentalmente incuestionable: la soberanía del individuo es inviolable, incluso en las decisiones democráticas.

3. La soberanía popular: la sociedad decide por sí misma sobre sus propios asuntos

Las regulaciones políticas de la comunidad deben tener un origen democrático, es decir, deben basarse en elecciones y referendos. El desarrollo de la sociedad es fundamentalmente abierto. La soberanía popular refleja la soberanía del individuo a nivel estatal; ambas soberanías son interdependientes: al igual que la libertad individual se desarrolla en la participación política, la democracia se basa en ciudadanos políticamente maduros y, por lo tanto, también libres.

4. Solidaridad a través de valores en lugar de la organización de intereses

A diferencia de los Estados autoritarios, que se han aliado sobre la base de intereses subjetivos que pueden ser contradictorios y cambiantes, el fundamento intelectual de Occidente se basa en un concepto trascendente en el que los valores y la dignidad no son negociables, sino que están arraigados en una realidad objetiva más profunda y, por lo tanto, se aplican e . A nivel internacional, este contraste filosófico debe conducir a una solidaridad entre las naciones occidentales que nunca se ponga en duda, incluso ante las diferencias políticas más marcadas. Esto también incluye la unión frente a la expansión autoritaria.

5. Visión geopolítica: el Occidente universal

El proyecto del Occidente global es un proyecto universal que solo puede justificar éticamente la coexistencia con Estados autoritarios de forma transitoria. Si se

acepta la validez de la dignidad y los derechos humanos universales como fundamento de todas las sociedades, entonces ignorarlos es un mal que debe superarse. Los sistemas autoritarios son, *por su propia naturaleza*, incapaces de existir de forma sostenible y, por lo tanto, tienen una existencia limitada, por lo que el Occidente universal es una preocupación intrínseca de la³⁰ occidental que no puede separarse de su esencia.

Debido a su falta de responsabilidad democrática ante el pueblo —en última instancia, por su contradicción con los fundamentos filosóficos de la realidad—, *los gobiernos autoritarios tienen, en el mejor de los casos, una soberanía limitada debido a esta falta de reciprocidad.*³¹

La verdadera realpolitik, es decir, una postura política que siempre considera la *condición humana* como la base de la acción junto con las condiciones geoestratégicas, nunca debe olvidar estas conexiones. Por lo tanto, solo puede prosperar sobre la base de los fundamentos aquí presentados como axiomas de Occidente, cualquiera que sea el nombre que se les dé en un futuro lejano.

Epílogo: Tres máximas para el próximo cuarto de siglo

Tras los esperanzadores primeros años que siguieron al fin del conflicto entre Oriente y Occidente, que arrojaron al menos una luz provisional sobre prácticamente todos los rincones del planeta, la situación internacional se ha oscurecido en muchas regiones desde el cambio de milenio.

A nivel internacional, el conflicto sistémico del siglo pasado ha regresado en una forma modificada: un eje de regímenes represivos, asociado a una red de Estados autoritarios o indiferentes, se ha fijado el objetivo de establecer un movimiento contrario al mundo libre y desplazarlo gradualmente.

Ante este desafío histórico, el Occidente global ha seguido durante mucho tiempo una estrategia defensiva y ha ignorado el creciente peligro de la ola autoritaria: militar, política y en términos de sus fundamentos filosóficos. La erosión tiene dos caras: por un lado, están surgiendo tendencias autoritarias en varios Estados y, por otro, la cooperación mutua —incluida la solidaridad militar— corre un grave peligro.

En esta prueba histórica, es necesario volver a los fundamentos del movimiento liberal, pero aún más importante es la confianza en que una sociedad libre

³⁰ A diferencia de la globalización económica y tecnológica de las comunicaciones de la década de 1990, lo que estamos viendo ahora es una globalización de la dignidad humana en el contexto de una cosmovisión basada en la filosofía. No se trata en absoluto de una cultura uniforme tras la cual tendría que desaparecer la diversidad étnica de la humanidad.

³¹ En situaciones excepcionales, como el derrocamiento de una dictadura, la legitimidad de un gobierno puede surgir temporalmente al margen de los procesos democráticos. Sin embargo, en cualquier caso y en todo momento, se debe dar la máxima prioridad a la soberanía del individuo.

amenazada por un agresor represivo no se rendirá sin luchar. El poder de la libertad tiene sus raíces más allá de la manipulación política y la represión militar: la historia ha demostrado y demostrará que, en última instancia, prevalecerá y se impondrá. El concepto de Mundo Libre desaparecerá algún día, pero no porque los sistemas autoritarios lo hayan sofocado, sino porque su contraparte necesaria, la ola represiva, habrá remitido, esperemos, en un futuro no muy lejano.

Los retos para las próximas décadas pueden resumirse en tres máximas básicas

1. Un retorno a los fundamentos filosóficos de la libertad y la dignidad humanas y sus consecuencias políticas

La corrección filosófica del siglo XX ha sido sustituida en muchos casos por el desinterés y el relativismo. Dada la abrumadora diversidad de opiniones sobre prácticamente todos los aspectos de la vida, incluso las cuestiones políticas cotidianas se han convertido a menudo en enormes retos. Esto hace que la búsqueda de los fundamentos del mundo libre parezca hoy en día aún más inútil, porque toca aspectos filosóficos o teológicos que se pueden tolerar, pero que ciertamente no se deben discutir. Dado que este desánimo conduce inevitablemente a una falta de perspectiva y, por tanto, a una crisis de sentido, es aquí donde debemos empezar.

La dignidad del individuo como punto de partida de toda existencia libre, tanto individual como estatal, presupone necesariamente una comprensión trascendente de la realidad. Este fundamento debe situarse, al menos en sus aspectos y consecuencias centrales, en el centro de la acción política y, en cierta medida, también en la conciencia de las personas que, en última instancia, derivan su existencia de él.

2. La orientación geoestratégica y la seguridad mutua del mundo libre como respuesta a las incertidumbres dentro de su comunidad

En las democracias liberales, existe naturalmente el riesgo de que un país se retire *política o militarmente* de la alianza del mundo libre o la ponga en tela de juicio. Estas vicisitudes deben anticiparse y contrarrestarse de forma preventiva a todos los niveles.

Como soberanos, los ciudadanos pueden votar en cualquier momento a favor de resultados que debiliten la alianza de valores existente. Sin embargo, *las democracias individuales* deberían estar protegidas institucionalmente contra su propia abolición. Sería deseable una protección aún mayor en el marco de una alianza de Estados.

El mundo libre, como alianza de valores, debe a su vez armarse contra el riesgo para la seguridad que supondría la desaparición de uno o varios garantes de la

seguridad, ya sean centrales o de menor importancia. Además de una reserva nacional relevante desde el punto de vista geoestratégico, esto también requiere una arquitectura de seguridad lo más resistente posible e inmune a los esfuerzos nacionales aislados, y que sea capaz de disuadir en la mayor medida posible los ataques de la red autoritaria.

3. Compromiso coherente y sostenido con el mundo libre a nivel internacional, consciente de la victoria histórica de la libertad

El objetivo de la seguridad mutua no es solo salvaguardar la soberanía de los Estados individuales en el sentido estricto del *interés nacional*, sino también preservar los logros históricos del mundo libre —sin retrocesos, si es posible— y hacer realidad la reivindicación universal de los derechos humanos fundamentales. Por lo tanto, la defensa del Occidente global redunda, en última instancia, siempre en el interés nacional moralmente justificado.³²

Por lo tanto, los Estados del Occidente global harían bien en ampliar y asegurar de manera coherente el orden democrático libre en sus propios países, a fin de no desacreditar la idea de libertad por sus deficiencias.

Externamente, deben demostrar de forma clara e inequívoca su oposición al paradigma autoritario. A nivel filosófico, la existencia de dictaduras es una afrenta a lo absoluto³³. Su dominio y sus logros son relativos, su ideología, en la medida en que es tangible, una *filosofía falsa* cuyo destino a largo plazo está predeterminado: terminará en la nada absoluta. Toda la gloria de sus potentados se convertirá algún día en polvo ante la verdad, con la excepción de aquellos líderes que se atrevan a cambiar de rumbo.

Las máximas mencionadas no son un programa utópico o fundamentalista, ni rechazan la diplomacia, la geoestrategia y *la realpolitik*³⁴. Abogan, en primer lugar, por un retorno coherente y no a medias a la tradición y, en segundo lugar, por la protección frente a las incertidumbres que se han hecho cada vez más evidentes en el siglo XXI. El hecho de que el objetivo final sea la universalidad de los derechos humanos —y nada más, lo que significa un mundo libre para todos o

³² Una política basada en los derechos humanos y los valores fundamentales no puede hacer la vista gorda ante el hambre, las penurias y la opresión, ni puede afirmar que los conflictos no son de «interés nacional» y, por lo tanto, no deben resolverse. Cómo se plasman en la práctica las opciones de actuación de cada uno es, por supuesto, otra cuestión totalmente distinta.

³³ Es difícil encontrar una forma más concisa de describir la irrealidad de los regímenes que se encuentran en un estado de desorientación teórica y práctica fundamental.

³⁴ La Realpolitik no se entiende aquí como una maniobra política oportunista, sino como un estilo político integral que es consciente de las realidades —incluidas las trascendentales— y sus implicaciones.

un *Occidente* universal— ya no debería cuestionarse con respecto a las declaraciones de derechos humanos de los últimos trescientos años.³⁵

© El Proyecto de Investigación del Siglo XX – Filosofía del Occidente Global

Más información y contacto:

Proyecto de Investigación del Siglo XX
www.20th-century.net

Filosofía del Occidente global
www.theglobalwest.com



www.steff.international/CONTACT/

- Versión 1 / 2026 -

³⁵ La Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 habla de la dignidad humana, mientras que sus precursoras estadounidense y francesa hablan de derechos inalienables, cada uno de los cuales implica un fundamento no positivista.